

DISCERNIMIENTO

Un carisma indispensable para todo renovado en el Espíritu

I N D I C E

Parte 1

Presentación

I. INTRODUCCION

II. EL DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS

1. ¿De qué se trata?

2. El carisma de discernimiento

3. El discernimiento como fruto de la caridad

4. La actitud necesaria

5. Criterios básicos

6. El papel de la comunidad

Parte 2

III. TRES MOVIMIENTOS INTERIORES

1. Señales del espíritu puramente humano

2. Señales del espíritu maligno

3. Señales del Espíritu de Dios

Parte 3

IV. ESTADOS INTERIORES

1. Consolación

2. Desolación

3. Tentación

Parte 4

V. CONCLUSION

Apéndice:

REGLAS PARA DE ALGUNA MANERA SENTIR Y CONOCER LAS DIVERSAS MOCIONES QUE SE CAUSAN EN EL ALMA

Notas personales

Bibliografía consultada

I. INTRODUCCION

Experimentamos durante nuestra vida cristiana, pero sobre todo si hemos emprendido un camino interior de oración, euforias y depresiones, estados interiores de paz o de inquietud, etc, de duración e intensidad variables. Prescindiendo de un origen, debemos saber que todo lo que nos sucede está querido o permitido por Dios para nuestro bien. Sin embargo, para evitar los riesgos que suelen originar estas experiencias, nos conviene aprender a comportarnos en ellas, desarrollando nuestro discernimiento espiritual. Es conveniente y aún necesario psicológicamente que atravesemos por crisis de consuelos y desconsuelos, por tiempos de consolación o de aridez, provenientes del propio temperamento y de otras causas. Dios permite la consolación y la desolación para ayudarnos a llegar a la madurez de los hijos de Dios, por el ejercicio progresivo de la fe, de la esperanza y de la caridad. Es importante que nos acostumbremos a vivir, desde ahora, mas que de sentimientos, de las virtudes teologales; pues *"ahora subsisten tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de todas ellas es la caridad"* (1 Cor 13,13). Pues el amor nos acompañará toda la eternidad. Y sabemos que **"el amor no consiste en sentir grandes cosas, sino en tener gran desnudez y padecer por el Amado"**. (San Juan de la Cruz). *"El discernimiento presupone la vida de una Iglesia que está llena de poderes sobrenaturales y manifestaciones de la presencia de Dios. La misma riqueza de la actividad divina hace surgir a la superficie las fuerzas del mal, y es también un campo para la actividad religiosa desviada"*.(Mons. Vincent Walsh). En el ambiente mundano de creciente indiferencia religiosa en que vivimos, nadie se interesa en discernir el origen divino, humano o diabólico de las motivaciones o impulsos; pero al cristiano que está entregado a Jesús como SEÑOR de toda su vida le importa mucho precaverse del engaño y percibir con gozo cuándo *"es el Señor"* (cf. Jn 21,7).

II. EL DISCERNIMIENTO DE ESPIRITUS

"Examínelo todo, y quédense con lo bueno" (1 Tes 5,21).

1. ¿DE QUE SE TRATA?.

Podemos llamar discernimiento o discreción de espíritus al juicio prudente de las ilustraciones (tomas de conciencia) y mociones (movimientos interiores) que experimentan las almas, a fin de distinguir cuáles deben seguirse y cuáles resistirse. La prudencia se tendrá al juzgar la conveniencia o no de cierta actitud, más que al juzgar el origen de esa moción. **"El carisma del juicio se basa en la prudencia, y ,ésta aspira a ir hasta el fondo de las cosas, sopesando bien el valor de los signos y de los testigos. La prudencia humana fácilmente juega a "lo más seguro", y debe ceder el paso a la prudencia sobrenatural, la que no teme reconocer una acción de Dios en y para su Iglesia"** (Card. Leo J. Suenens).

"El discernimiento de espíritus es el conocimiento íntimo del obrar divino en el corazón del hombre; es don del Espíritu Santo y un fruto de la caridad (cf. Flp.1, 9-11)" (Ordo Paenitentiae, n°10).

No es un juego fácil, sino que supone una fuerte preparación espiritual. No se trata de ningún método mágico para descubrir la Voluntad de Dios, sino de un modo de madurar nuestra vida de fe y de vivir según el Espíritu. Discernimiento es todo modo de buscar y hallar juntos la Voluntad de Dios de manera evangélica: con verdad, con libertad, con responsabilidad y con caridad. El discernimiento puede referirse a nuestra conducta personal, a nuestras actitudes espirituales, al campo de nuestras opciones concretas. Puede también aplicarse a la conducta global de la comunidad cristiana, a los movimientos de espiritualidad y de pastoral, a las tendencias de renovación eclesial, a las diversas ideologías que atraen a los hombres de nuestro tiempo. También se aplica a las experiencias carismáticas (visiones, profecías, etc.), a las luces y movimientos interiores que orientan a las almas, y a los estados generales de consolación y desolación (de cierta duración). La importancia de poseer discernimiento se desprende no sólo de la Escritura (ver Mt 7,15; 1 Tes 5,21; 1 Cor 14,20; 1 Jn 4,1-3; etc.), sino de la probada trascendencia que tiene en la vida espiritual el dejarnos guiar dócilmente por Dios (cf, *"Mis ovejas conocen mi voz, Yo las conozco y ellas*

me siguen", Jn 10,27). En efecto, ¿cómo extender la obra de Dios sin conocer sus intenciones?. "Si el Señor no construye el edificio, en vano trabajan los constructores". Hoy más que nunca es necesario escuchar al Espíritu de Dios y colaborar con El en la obra que está llevando a cabo. "Sepan discernir lo que agrada al Señor". (Ef. 5,10), aconseja San Pablo. A continuación veremos en qué, se diferencia el discernimiento como don carismático del discernimiento como fruto de caridad.

2. EL CARISMA DE DISCERNIMIENTO

El carisma de discernimiento es un don gratuito del Espíritu Santo: "... a otro, el don de juzgar sobre el valor de los dones del Espíritu" (1 Cor 12,10). Santo Tomás lo define como "claro conocimiento de los secretos del corazón de los demás". No sólo juzga sobre el estado actual del hermano, sino también sobre la forma acertada en que debe obrar. **El carisma de discernimiento de espíritus es "una iluminación divina o manifestación del Espíritu Santo por la que una persona conoce cuáles espíritus están motivando o impulsando determinada actuación, para proteger del engaño a la comunidad. Es como un mensaje que viene de afuera; no como que surge de la persona misma. Se forma súbitamente en la mente, espontáneamente, completo. No depende del esfuerzo, la iniciativa o los conocimientos de la persona; es un conocimiento que lleva consigo su propia convicción. No se trata de perspicacia, instinto psicológico o espíritu crítico. Puede venir por medio de visiones, o también por sensaciones o sentimientos agradables o desagradables"** (P. Carlos Aldunate, s.j.).

Este don del Espíritu permite conocer CON CERTEZA si un hecho o moción proviene o no del Espíritu de Dios; entre otros, es dado a la comunidad en oración a fin de discernir las manifestaciones del Espíritu. "Es un medio por el que Dios da a conocer el origen de lo que está sucediendo en un grupo, reunión, persona, o en el ejercicio de algún carisma; y esta iluminación se da para provecho del Cuerpo de Cristo. Puede darse en forma colectiva, es la más corriente: el grupo en oración, unido en el Espíritu, siente instintivamente lo que es o no es de Dios" (P. Aldunate, s.j.).

Según Mons. Alfonso Uribe Jaramillo, "es un cierto instinto sobrenatural que permite sentir la dulce presencia del Santo Espíritu cuando es El quien actúa, o que experimenta la desazón que produce la presencia del espíritu del mal". Pues "nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para reconocer los dones gratuitos que El nos ha dado" (1 Cor 2,12). El Espíritu en nosotros reconoce al Espíritu en el hermano. No se trata de un razonamiento intelectual según nuestra experiencia previa, sino que más bien es una certeza interior (semejante a la inspiración profética): se siente en el Espíritu que algo es o no es de Dios.

3. EL DISCERNIMIENTO COMO FRUTO DE LA CARIDAD

Permanecer en el amor de Jesús significa, entre otras cosas, adquirir experiencia en el ejercicio del discernimiento como ciencia adquirida, que es el juicio prudencial recto que nos formamos acerca de los conflictos interiores de nuestros hermanos, fundado en la Palabra de Dios, la doctrina de la Iglesia y nuestra propia experiencia. Porque "la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que una espada de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, ... y es capaz de discernir los pensamientos y los sentimientos del corazón" (Heb 4,12).

Conocer vivencialmente la Palabra es indispensable para reconocer la mano de Dios en la historia y en los acontecimientos, y para no dejarse imponer las falsas salvaciones que propone Satanás. Es frente a la Cruz que se realiza la perfecta discreción de espíritus; los secretos de los corazones se revelan y cada uno manifiesta allí cuál es el espíritu que lo guía. El discernimiento es, entonces, un conocimiento vivenciado que engloba todas las resonancias emotivas, afectivas e intelectuales, traspasadas por la luz de la Palabra de Dios. "Es la capacidad de penetrar a través de las apariencias exteriores para descubrir en el fondo si el origen de una moción es Dios, el hombre con sus impulsos naturales, o el mal" (Mons Walsh).

Por medio del discernimiento intentamos reconocer la acción del Espíritu Santo en nuestra vida y la de nuestros hermanos de todo el Pueblo de Dios y tratamos de cooperar con nuestra respuesta. La cooperación con el Espíritu supone que por la asidua contemplación de la Palabra viviente hemos adquirido ya la mentalidad humana de Cristo, que nos familiariza con la manera de ver y obrar de Dios. El discernimiento no es nunca obra exclusiva del hombre: el cristiano discierne ayudado por la gracia. La acción del Espíritu se manifiesta en la capacidad de tomar en toda situación dada, la decisión moral conforme al Evangelio y a la historia de la Salvación. El Amor de Dios en nosotros nos ilumina y capacita para optar por el Reino.

4. LA ACTITUD NECESARIA

El cristiano ha de seguir a Cristo no de acuerdo con sus criterios personales o según la escala de valores de la sociedad, sino según la luz y la inclinación que proceden del Espíritu Santo. La actitud de los pastores de la Iglesia y la de cualquier cristiano que tome parte activa en la realización de la misión del pueblo de Dios ha de ser obediencia al Espíritu de Jesucristo. **Unido a Cristo y a la Iglesia, el cristiano ha de discernir el plan de Dios en la creación, en la historia humana, personal y social, y en la vida de la Iglesia. El discernimiento supone una especial atención a nuestro mundo interior, reflexión, observación de la vida humana, examen de las motivaciones profundas de nuestra conducta, análisis de nuestros proyectos de vida personal, de nuestras inclinaciones, meditación de la palabra de Dios, comunicación fraternal con otros, etc. Es un ejercicio de fe, una experiencia religiosa, eclesial.**

Es difícil sostener la infalibilidad de ciertas inspiraciones internas. Ni siquiera cuando sólo pueden provenir de Dios (como la consolación sin causa precedente, ver regla 2.2. del Apéndice), porque es difícil reconocer si no proceden sólo de nuestro subconsciente; y porque, aunque lo fueran, fácilmente las adulteramos con nuestras experiencias antecedentes o consecuentes. (Ver regla 2.8.).

Para discernir la acción de Dios hay que vivir según el Espíritu (ver Rom 8,5-13), llegando a ser espirituales (ver Ef 5,8-11), renovando nuestra mentalidad (ver Rom 12,2), y pidiendo al Señor el don de sabiduría y discernimiento como Salomón (ver Sab 9,1-18 y 1 Re 3,5-15). La actitud espiritual necesaria para hacer un discernimiento incluye: decisión de buscar, hallar y obedecer la Voluntad de Dios, libertad interior, pobreza de espíritu y despojo de los propios deseos o ideas, amor a Cristo pobre y humilde. Es necesario liberar nuestro juicio de la presión que sobre él ejercen nuestras propias pasiones. Es previamente necesaria la conversión profunda del que hace el discernimiento; una conversión que le lleve a superar la propia espontaneidad, los propios deseos y preferencias. *"Usando del mundo como si no lo usaran, llegarán a aquella libertad por la que, libres de todo cuidado desordenado, se tornen dóciles para oír la voz de Dios en la vida cotidiana. De esta libertad y docilidad nace la discreción espiritual, por la que se halla la recta actitud ante el mundo y los bienes terrenos"* (Presbyterorum Ordinis, n 17).

Cuando el corazón está dominado por el afán de riquezas y placeres, la atención se aparta de las cosas que se refieren a Dios (Cf. 1 Cor 2,14; Mt 6,21). Cuando nuestra vida se orienta plenamente hacia Cristo es normal que todo nuestro ser esté predispuesto a detectar todo lo que nos ayuda a realizar nuestra vocación cristiana o lo que nos aparta de ella. Una actitud sincera de búsqueda de la gloria de Dios implica una total disponibilidad. No se trata de pretender que Dios apruebe nuestros proyectos, sino de poner por entero nuestra persona y nuestra existencia a su disposición, de entregarnos a El, de seguir a Jesús, según sus deseos (Cf. Mt. 19,16-22). *"Esta disponibilidad no es una indiferencia puramente negativa, sino un deseo de liberarse de todo aquello que se opone a la Palabra de Dios y, en el fondo, la decisión de aceptar con generosidad el misterio de la cruz de Jesucristo (Cf. Mt.16,24; 18,8; Fil. 3,18)"*. (Mons. Elías Yanes).

5. CRITERIOS BÁSICOS

Conviene asentar sólidamente en el corazón algunos criterios:

- a) **Dios es Dios de luz y de paz.** Sus inspiraciones y manifestaciones van siempre acompañadas de luz, de orden y de paz: "Dios no es un Dios de confusión, sino de paz" (1 Cor 14,33). La paz de Jesús, no como el mundo la da (cf. Jn. 14,27). Como en la trasfiguración de Jesús, donde Pedro exclama: " ¡Maestro, qué bien estamos aquí!" (Lc 9,33).
- b) **Consonancia con Jesús y su obra.** El Espíritu no puede inspirarnos cualquier cosa, sino sólo aquello que deriva de Jesús y se halla en consonancia con su obra. "El Espíritu de la verdad los guiará hasta la verdad completa, pues no hablará por su cuenta, si no que hablará lo que oiga y les anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque recibirá de lo mío y se lo anunciará a ustedes" (Jn 16,13-14). "El les enseñará todo y les recordará lo que les he dicho" (Jn 14,26). "Nadie inspirado por el Espíritu de Dios puede decir 'Maldito sea Jesús', y nadie puede decir 'Jesús es el Señor!' si no es movido por el Espíritu Santo" (1 Cor 12,3). Esto significa que el Espíritu Santo nunca va a contradecir a la Palabra de Dios o al Magisterio de la Iglesia. Santa Teresa de Avila afirma que "es de Dios que vaya conforme a la Sagrada Escritura; y como un tantito torciese de esto, mucho más firmeza tendría en creer que es del demonio. Porque entonces no es necesario buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es del demonio, que aunque todo el mundo me asegurase que es de Dios, no lo creería".
- c) **Frutos buenos.** Jesús nos advierte sobre los falsos profetas, dándonos una regla de oro para el que busca hacer la Voluntad de Dios: "por sus frutos los conocerán... Todo árbol bueno produce frutos buenos, y todo árbol malo produce frutos malos... Los podrán reconocer por sus frutos" (Mt 7,16-20). Es buena inspiración la que produce en mí y en los demás el fruto del Espíritu: "amor, alegría y paz, paciencia, afabilidad, bondad y confianza, fidelidad, mansedumbre y dominio de sí mismo" (Gál 5,22-23). A veces el fruto o consecuencia de una inspiración se percibe de inmediato, o puede preverse fácilmente de acuerdo a nuestra experiencia o la de algún hermano. Otras veces se hace necesario discernir durante cierto tiempo vigilando cómo evolucionan los frutos.
- d) **Edificación de la comunidad.** La acción del Espíritu se dirige siempre a la edificación y unidad de la Iglesia; todo aquello que para o destruye a la comunidad (es decir, vaya en contra del amor mutuo), no es del Espíritu de Dios, por más inspirado o escriturístico que parezca. Basta que el fruto lógico y natural de una determinada orientación sea la disminución de nuestra fe viva en Jesús, la pérdida de entusiasmo por El, la pérdida o disminución de amor a su Iglesia, para que podamos concluir que el Espíritu de Dios no nos conduce en esa dirección. Es el Espíritu Santo el que "guía a la Iglesia a toda la verdad, y la unifica en comunión y ministerio" (Lumen Gentium, n 4). Las enemistades, disputas, celos, iras, divisiones, envidias, provocaciones, escándalos, murmuraciones, rencores, etc. son obras de la carne y especialidades del demonio que debilitan al Cuerpo de Cristo que formamos. "Desde el momento que hay envidias y discordias entre ustedes, ¿no es porque aún son carnales y viven a lo humano?". (1 Cor 3,3). No siempre se puede encontrar la solución deseable para los problemas; no siempre es posible llegar a una coincidencia de pareceres. Pero siempre es posible crecer en caridad, en comprensión mutua, en mutuo respeto. Siempre es posible la reconciliación (cf. Ef.2,14).

6. EL PAPEL DE LA COMUNIDAD

Todo el proceso de discernimiento es de un orden eclesial, comunitario, aún cuando físicamente estemos aislados. La comunidad tiene un papel especial que jugar en el discernimiento, y en ella ciertas personas pueden tener un papel especial. **En situaciones de cierta importancia el obispo local tiene el cuidado pastoral general, y ejerce un papel decisivo en el discernir. Acerca de los dones extraordinarios,** el reciente Concilio recuerda que "el juicio de su autenticidad y de su ejercicio razonable pertenece a quiénes tienen la autoridad en la Iglesia, a los cuales compete ante todo no sofocar el Espíritu, sino probarlo todo y retener lo que es bueno" (Lumen Gentium, n 12. A los Pastores, pues, "toca

juzgar la genuina naturaleza de tales carismas y su ordenado ejercicio" (Apostolicam Actuositatem, n 3). Ordinariamente, el juicio prudente y decisivo pertenece a quien ejerce el servicio liberador de la autoridad (pastor, coordinador, animador de oración, etc.), quien procura que cada miembro exponga su parecer a fin de hallar juntos lo que es Voluntad del Señor. La meta es llegar al consenso (todo la comunidad siente de hacer lo mismo), pero la decisión final y la responsabilidad de sus consecuencias pertenece al que guía, que está asistido para ello de gracias especiales correspondientes a su función de servicio. La comunidad cristiana se convierte así en el lugar privilegiado del discernimiento. Los presbíteros o ancianos, "examinando si los espíritus son de Dios, descubran con sentido de fe, reconozcan con gozo y fomenten con diligencia los multiformes carismas de los laicos, tanto los humildes como los más altos" (Presbyterorum Ordinis, n 9). El reconocimiento y el sometimiento a los pastores que el mismo Espíritu puso para apacentar a la Iglesia de Dios (cf. Hch 20,28), es un criterio tradicional en la Iglesia para el discernimiento de los espíritus. Sin duda, Aquel que guía y edifica un Cuerpo pastoral ordenado jerárquicamente (la Iglesia) no inspirará rebeldía y desobediencia a ese mismo Cuerpo. Como aconseja San Ignacio, es preciso "tener el ánimo preparado y dispuesto para obedecer en todo a la verdadera Esposa de Cristo nuestro Señor, que es nuestra santa Madre la Iglesia jerárquica". Ver también las reglas 1.1., 1.2., 2.1., 2.3., 2.6., 2.7. y 2.8. Otras citas de la Escritura: Sab 7,7; Sal 32,8; Prov 3,6; 14,12; Heb 5,14; Stg 1,16-17 y 3,13-17.

III. TRES MOVIMIENTOS INTERIORES

MOVIMIENTOS INTERIORES

Analizando los actos humanos según su apariencia, y simplificando mucho las cosas, podemos distinguir varios casos:

a) Actos admirables donde la acción de Dios es evidente; pero donde también actúa naturaleza humana. Aún en las acciones más divinas, "la gracia supone la naturaleza", porque en la acción milagrosa colabora el hombre con todo su ser. Por ejemplo, en el milagro de la Puerta Hermosa, Pedro habla al cojo y pronuncia las palabras que usó Dios como vehículo de su intervención: "En nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y camina" (Hch 3,6).

b) Actos en que lo divino y lo humano aparecen combinados armónicamente. Reconocemos a Esteban que, "lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y signos en el pueblo" (Hch 6,8); y a Tabití, que "pasaba su vida haciendo el bien y repartía abundantes limosnas" (Hch 9, 36).

Es la vida del cristiano coherente que permanece en Jesús y Jesús en él.

c) Actos aparentemente comunes, naturales, pero inspirados y sostenidos por Dios. El Espíritu obra también en toda persona honesta y sincera que obedece a la voz de su conciencia.

d) Actos aparentemente comunes, naturales, pero de procedencia maligna (cf. Mt 5,37) porque están inspirados "no por la sabiduría que viene de lo alto, sino por sabiduría terrena, sensual y diabólica" (Stg 3,15). Son frecuentes entre los mundanos.

e) Actos pecaminosos que no disimulan su origen, porque "quien comete pecado procede del diablo" (1 Jn 3,8). El pecador vive esclavo del Príncipe de este mundo (cf. Jn 12,31), se constituye hijo del diablo, "que es pecador desde el principio" (1 Jn 3,8).

f) Actos claramente diabólicos, en que la maldad parece proceder no tanto del hombre como de un espíritu maligno en él. Para estos casos de opresión o posesión Jesús confió varias veces el poder de expulsar los espíritus malos (ver Mc 3,12; 6,7; Lc 10,17).

En resumen, se distinguen tres espíritus: el Espíritu Santo de Dios, el espíritu puramente natural (que procede de la naturaleza caída), y el espíritu maligno.

Uno de los tres domina generalmente en cada persona: en los perversos, el demonio; en los tibios, el natural; y en los que se entregan al Señor Jesucristo,

el Espíritu Santo domina habitualmente, pero hay muchas injerencias de la naturaleza o del enemigo. Aún en los mismos santos permite Dios ciertas imperfecciones, mas aparentes que reales, a fin de conservarlos en la humildad y darles frecuentes ocasiones de madurar y crecer practicando las virtudes contrarias.

1. SEÑALES DEL ESPIRITU PURAMENTE HUMANO.

La naturaleza humana, como consecuencia del pecado original, es enemiga de la mortificación y de las humillaciones, y se busca a sí misma desconociendo prácticamente el valor de las virtudes teologales. La naturaleza anda tras el placer, y cae en la gula espiritual; en cuanto encuentra las primeras sequedades, se detiene y abandona la vida interior. Muy frecuentemente, y bajo pretexto de acción o apostolado, se complace en su actividad natural, en la que se disipa más y más.

Al surgir la contradicción y la prueba, la naturaleza se queja de las cruces, se irrita y pierde el ánimo. Su primer fervor no era sino puro entusiasmo; es indiferente a la gloria de Dios y de su Reino. Este espíritu tibio y materialista se expresa con una palabra: **EGOISMO**.

Después de haber buscado sus satisfacciones en la vida interior, pero sin encontrarlas, proclama que es preciso evitar con prudencia toda exageración o "exigencia" en las austeridades y en la ración, y el "misticismo" en cualquiera de sus formas. Repite en todos los tonos que lo que interesa es la vida ordinaria, "común y corriente", entendiendo por ésta la tibieza y la mediocridad.

"El hombre natural no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer, pues sólo con el Espíritu pueden ser juzgadas" (1 Cor 2.14).

"No amen al mundo viejo ni lo que hay en él. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él; puesto que todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne y de los ojos y codicia de riquezas; esto no viene del Padre sino del mundo. El mundo y sus concupiscencias pasan, pero el que cumple la Voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Jn 2,15-17).

"¡Adúlteros!. ¿No saben que la amistad con el mundo es enemistad con Dios?. Cualquiera que desee ser amigo del mundo se constituye en enemigo de Dios". (Stg. 4,4). Jesús condena severamente al cristiano intrascendente, comodón y estéril: "Conozco tus obras: no eres frío ni caliente... Por eso, te vomitaré de mi boca". (Ap 3,15-16).

Ver también 2 Pe 2,20-22; Heb 6,406.

2. SEÑALES DEL ESPIRITU MALIGNO

El demonio no siempre aleja, como la naturaleza, de la mortificación; al contrario, a muchos los empuja a exageradas mortificaciones externas, muy visibles, alimentando la soberbia. Pero no inspira la mortificación interior de la imaginación, del corazón, de la voluntad o del propio juicio. Nos inspira gran estima por nosotros mismos, nos inclina a antepoñernos a los demás, a elogiar lo mío, a proclamar mis experiencias y a hacer la oración del fariseo (ver Lc 18,9-14). Esta soberbia va acompañada de "una humildad falsa que el demonio inventa para quitar la paz y probar si puede traer el alma a la desesperación. Se ve clara en la inquietud y desasosiego con que comienza y el alboroto que causa en el alma todo lo que dura, y la oscuridad y aflicción que en ella pone, la sequedad y mala disposición para la oración o para cualquier bien. Parece que ahoga el alma y ata el cuerpo para que nada aproveche; porque la humildad verdadera no viene con alboroto, ni desasosiega el alma, ni la oscurece, ni da sequedad; antes la regala y es todo al revés: con quietud, con suavidad, con luz" (Sta. Teresa de Avila).

Su manera de atacar la esperanza es procurar que nazca la presunción, despertando el deseo de hacerse santos de repente, sin recorrer las etapas anteriores y el camino de la abnegación: nos hace impacientes con nosotros mismos. Cultiva el

amor propio y, según la persona, hace que la caridad se desvíe hacia un sentimentalismo humano de extrema condescendencia, o hacia cierto liberalismo bajo capa de generosidad, o hacia un celo amargo que sermonea a todo el mundo en vez de trabajar en la propia conversión (Ver Mt 7, 1 -5).

Todas estas cosas engendran odios y recelos. Nadie osa dirigirnos la palabra, pues no soportaríamos la contradicción. Si sobreviene una falta muy evidente, somos asaltados por la turbación, el despecho y el desaliento; el demonio, que antes nos ocultaba el peligro, ahora exagera las dificultades de la enmienda y se esfuerza por hacernos caer en desolación.

3. SEÑALES DEL ESPIRITU DE DIOS

Nos inclina a la mortificación exterior (a diferencia del espíritu natural), regulada por el discernimiento y la obediencia, haciéndonos comprender que vale muy poco si no va acompañada por la mortificación del corazón, de la voluntad y del juicio propio (a diferencia del mal espíritu).

Inspira la verdadera humildad, no teme los menosprecios ni presume de las gracias recibidas, aunque tampoco las oculta, sino que da gracias glorificando a Dios. Aviva la esperanza, hace desear ardientemente las aguas vivas de la oración, nos lleva por el camino de la humildad y la locura de la cruz (cf. 1 Cor 1,23).

Nos hace santamente indiferentes para con los éxitos mundanos. Acrecienta el fuego del amor, el celo por la gloria de Dios y el olvido de sí mismo. Nos lleva a pensar primero en el Reino de Dios y a abandonarle el cuidado de nuestras necesidades (cf. Lc 13,31).

Nos hace ver en el amor fraterno la medida de nuestro amor a Dios. Inspira el celo manso y paciente que edifica mediante la oración y el ejemplo. Nos da paciencia en las pruebas, gozo en las persecuciones, amor de cruz y caridad con los enemigos; y si caemos, nos habla de la misericordia del Padre. ¡Aleluya!.

IV. ESTADOS INTERIORES

"Mi alma está turbada" (Jn 12,27)

Todos podemos relatar diversas experiencias de turbaciones internas: unas veces nos sentimos animados, y otras desanimados y pesimistas. Sus efectos son diversos y contrarios también. Esta diversidad de efectos por causas análogas proviene: de ánimo; y remotamente, de Dios o del demonio.

Se debe buscar primero si la causa no es meramente fisiológica o psíquica (desnutrición, fatiga, estrés, falta de sueño, excitación, etc.), pues muchas veces atribuimos inmediatamente lo que sentimos a una intervención extraordinaria de Dios o del maligno. La madurez espiritual nos va enseñando a descubrir la acción de Dios a través de la naturaleza de su criatura (cuerpo, alma y espíritu).

Apuntamos algunos elementos acerca de tres grandes tipos de situación interior: consolación, desolación y tentación.

1. CONSOLACION

"Llamo consolación cuando en el alma se causa alguna moción interior que la inflama de amor a su Creador y Señor; ya no puede amar a ninguna cosa creada sino al Creador de todas ellas. También cuando derrama lágrimas de amor a su Señor, ya sea por el dolor de sus pecados, o de la Pasión de Cristo, o de otras cosas directamente ordenadas a su servicio y alabanza. Finalmente, llamo consolación a todo aumento de fe, esperanza y caridad, y a toda alegría interior que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud del alma, aquietándola y pacificándola en su Creador y Señor."

(San Ignacio, regla 1.3).

Los elementos esenciales son: la paz tranquila en Dios (lo mejor), la fuerza o crecimiento, y el gusto que da (lo menos importante). Produce frutos notables: facilita la vida espiritual, ayuda a vencer las dificultades iniciales, y da brillo y perfección a nuestras obras.

Hay dos tipos principales:

a) Consuelo sensible (propio de principiantes),

b) Verdadera alegría y gozo espiritual (en almas experimentadas), menos sensible y más profundo. *"Estimemos estas gracias como grandes no tanto por lo que son en sí, cuanto porque con su misma mano Dios las pone en nuestro corazón, como una madre que para mimar a su hijo, le va poniendo ella misma uno a uno los confites en la boca"* (San Francisco de Sales).

En tiempo de consolación se debe pensar en la próxima desolación (regla 1.10), no para amargarse en consuelo sino para tomar una experiencia de la luz y del amor de Dios y vivir luego de sus frutos. Ha de ayudar siempre el humillarse sinceramente en la presencia de Dios (regla 1.11), no sólo para conservarse en la Verdad y ser consecuente con mi pequeñez, sino para no desmerecer la consolación y disponerse a recibir cada día mayores favores divinos; como dice la Escritura: *"Humíllense ante el Señor, y Él los ensalzará"* (Stg 4,10). Aprovechar la fuerza para ahondar en la propia miseria. Humildad para reconocer que somos los mismos de antes y que nada merecemos, y prudencia para prever el futuro alimentándonos de la gracia sensible de hoy. Una forma práctica podría ser esforzarnos por crear hábitos que nos sostengan cuando pase la euforia (ej. oración personal diaria fija, misa diaria, lectura del Evangelio).

Se debe tener cuidado de no hacer opciones, votos y promesas que luego a la larga se cumplen con dificultad, pues han de hacerse con madurez, conciencia y paz. Si se está maduro, no se pretenda ver en la luz del consuelo o en la aridez del desierto la Voluntad de Dios, sino purificar el alma con la experiencia alternante y ver claro a la luz de un recto sentido común iluminado por la fe.

Las consolaciones tienen siempre un valor inmediato: purificar el alma para que ella misma vea con mayor claridad. También pueden ser portadoras de un mensaje, ser en sí mismas un signo (esto vale tanto más cuanto que el alma esté más pura de afectos desordenados). Pero en todo caso son posibles los engaños y siempre es conveniente el consejo pastoral.

No se deben buscar las consolaciones por sí mismas (sería un afecto desordenado). Más bien, debemos estar dispuestos a carecer de ellas por servir sólo a Dios. Pero, conociendo nuestra debilidad, las necesitamos para mejor servir al Señor.

"Es necesario de vez en cuando renunciar a semejantes consuelos, despegando de ellos el corazón y protestando que no son ellos lo que buscamos, sino Dios y su amor santo. Y hemos de resolver amarle constantemente, aunque en toda la vida no hubiéramos de sentir consuelo alguno, y decir tanto en el Calvario como en el Tabor: "Señor, bueno es estar aquí contigo" (Mt 17,4)" (San Francisco de Sales).

La consolación induce a fiarse y dejarse llevar por ella. No obstante, puede esconder peligros. Puede no ser de Dios: consuelos en pecadores, evidentes y farisaicos (y que los mantienen en pecado), o consuelos que acaban en cosas malas, distractivas o menos buenas (regla 2.5). **"Es doctrina general que los afectos se han de conocer por sus efectos. Cuando las consolaciones nos hacen más humildes y caritativos, más fervorosos en mortificar nuestras malas inclinaciones, más constantes en los ejercicios buenos, y de vida más sencilla, son de Dios. Pero sí, teniéndonos ya por unos santos, no queremos sujetarnos a dirección y corrección alguna, sin duda son consuelos falsos"** (San Francisco de Sales).

Resumiendo, son de Dios los gustos sensibles que destraban el corazón y los ponen en Dios, y la paz profunda aún en medio de muchas dificultades. Ver también las reglas 1.3 1.10 1.11 Otras citas de la Escritura: Sal 23,4;86, 17;94,19; Is 49, 13; 51, 12; 66, 13; Jer 31, 13; Mt 5,5; Hch 9, 31; 2 Cor 1,3-7.

2. DESOLACION

Llamo desolación a todo lo contrario de la consolación, así como oscuridad del alma, turbación, moción a cosas bajas o terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidelidad, sin esperanza, sin amor, hallándose el alma toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Creador y Señor.

(San Ignacio, regla 1.4).

Inmediatamente puede provenir de nuestro estado de ánimo (normal o anormal), o de nuestras asociaciones de ideas que proviene del mal espíritu porque tal estado interior suele inducir inmediatamente al mal, o porque a veces el demonio acecha directamente con sus insinuaciones (tentación). Pero en último término es Dios quien produce o permite la desolación para nuestro bien.

Hay cuatro tipos: intelectual (aridez de pensamiento, confusión, criterios falsos de evidencia deslumbrante, etc.) imaginativa (distracción, divagación, tentación, imágenes vivas impertinentes, etc.), sensible (resentimiento, atracción, temor, gusto, tristeza, pereza, desconfianza, etc.), y de voluntad (sequedad de afectos, rebeldía, frialdad, perversión, falta de amor, etc.).

Si estoy en pecado mortal, la desolación viene frecuentemente de Dios (regla 1.1.), para destrabarme de mi estado de pecado (invita a la conversión).

Si estoy en gracia de Dios, es una invitación a la madurez espiritual (integración de mi propia vida espiritual), para ayudarme a proceder no por ganas o sentimientos sino por convicciones; para darme un mayor sentido de responsabilidad en mis acciones; para adaptarme a mi realidad: "*No te ensoberbezcas en tu corazón ni te olvides de Yavé, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la esclavitud, que te ha conducido a través de un vasto y horrible desierto, de serpientes venenosas y escorpiones, tierra de sed y sin agua; El hizo brotar para ti agua de la dura roca y te ha alimentado en el desierto con el maná, a fin de humillarte y probarte para prepararte un futuro dichoso*" (Deut 8,14-16).

Conviene distinguir si ha precedido culpa o no de nuestra parte. Si no tuve culpa: ejercito mi humildad, todo es ganancia (para que trabaje sin sueldo para el Reino de Dios, para que reconozca que la desolación no viene de mí). Si tuve culpa: a reconciliarme y en paz.

Hay tres causas principales de desolación (regla 1.9):

- a) **Por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestra edificación** (No ser que lo espero todo de Dios?).
- b) **Para probarnos y ver cuánto somos capaces de jugarlos por Jesucristo** (es un momento privilegiado para el testimonio; ver Mc 8,38).
- c) **Para que conozcamos nuestras reales posibilidades (crecer en humildad)**. San Juan de la Cruz aconseja: "Nunca faltes a la oración, y cuando tuvieres sequedad y dificultad, con más razón persevera en ella, porque Dios quiere muchas veces ver lo que tiene tu alma, lo cual no se prueba en la facilidad y el gusto".

Ver las reglas 1.5 1.6 1.7 1.8.

Citas de la Escritura: Sal 69 y 121, 7; Stg 1,2-4. 12-15; 2 Cor 6,4-5; Heb 12,5-13; Ecl 2,3-5.

3. TENTACION

El universo es el campo de batalla de dos reinos: el Reino de Dios y el reino de las tinieblas. Nuestra vida es un combate espiritual (ver Ef 6,10-20): y no son tanto de temer en esta lucha continuada las tentaciones abiertas como las disimuladas.

"Preparemos nuestras almas a las embestidas de las tentaciones, sabiendo que cuanto más celosos seamos de nuestra salvación, tanto más violentamente nos atacarán nuestros adversarios. Pero el que habita en medio de nosotros es más

fuerte que quien lucha contra nosotros. Nuestra fortaleza viene de El, en cuyo poder tenemos puesta nuestra confianza. El venció a su adversario con las palabras de la Escritura. Ha combatido para enseñarnos a combatir en pos de El. Ha vencido para que seamos también vencedores. No hay virtud sin tentaciones, ni fe sin pruebas, ni combate sin enemigo, ni victoria sin batalla. La vida pasa en medio de emboscadas y sobresaltos. Si no queremos vernos sorprendidos, hay que vigilar. Si pretendemos vencer, hemos de luchar. Por eso dijo Salomón: "Si te decides a servir al Señor, prepara tu alma para la tentación" (Eclo 2,1); sabía que no hay fervor sin trabajos y combates, y previendo los peligros, nos lo advierte para que estemos preparados para rechazar los ataques del tentador. Pues *"no es nuestra lucha contra enemigos de carne y sangre, sino contra los principados y potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso"* (Ef 6,12). Hay entre ellos y nosotros una oposición inveterada, fomentada por la envidia diabólica, de modo que nuestra santificación los tortura. Nuestros remedios son llagas para ellos, pues la curación de nuestras heridas los hiera. *"Estén alerta, ceñidos con la Verdad, revestidos con la coraza de la justicia y calzados con el celo por anunciar el Evangelio de la paz. Lleven en todo momento el escudo de la fe y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios"* (Ef 6,14-17)" (San León Magno).

Las tentaciones son ataques que provienen del exterior, y muchas veces consisten en consolaciones y desolaciones, como hemos visto. Pero otras veces, aunque no consistan propiamente en consolaciones y desolaciones, lo cual da características especiales a la situación real del alma.

Conviene tener muy presentes las reglas de San Ignacio:

- En tentación nunca hacer cambios (1.5).
- Trabajar intensamente contra la tentación (1.6).
- Saber que tenemos la gracia para vencer (1.7).
- Crecer en paciencia (1.8)
- y discernir la causa de mi estado (2.5.).

Sobre todo en tiempo de tentación debemos tener:

a) Diligencia en rechazar rápidamente la tentación, enfrentándola sin temor (1.12). No dejarse impresionar por lo que pueda sentirse, ni dialogar con el tentador. La primera habilidad del maligno es que le prestemos atención; no discutir ni conversar con el "mentiroso y padre de la mentira" (Jn 8,44), para no caer en sus engaños como Adán y Eva (cf. G,n 3,1-6). Nuestra actitud debe ser activa y no sólo pasiva: debemos atacar y poner en fuga al adversario. Por ejemplo, podemos ordenarle silencio y enviarlo a los pies de Jesús, y poner enseguida el corazón en profunda alabanza a Dios.

b) Apertura de conciencia, abrirse a un discernimiento pastoral (1.13). Conservarse humilde, ateniéndose a la Providencia que quiere ayudarnos a través del hermano. Aprovechar para acrecentar la propia conciencia de Iglesia: somos miembros de un sólo Cuerpo (cf. 1 Cor 12,18-27). La intercesión de los hermanos es un arma poderosa.

c) Vigilancia en los puntos débiles (1.14); prestar atención a los puntos flacos. El Espíritu Santo nos va integrando y revelando con su luz sanadora la realidad de nuestro ser (virtudes, defectos, dones, insanidades, etc.). Es de gran ayuda la confesión frecuente y la oración de protección de los pastores de mi comunidad.

Los ataques malignos suelen tener las siguientes características: producen desolación (1.4), infunden miedo y timidez (para que no se le resista), obstruyen el abrirse a otro hermano (para no ser desenmascarados), inducen a descuidar la vigilancia (llevando en ocasión de pecado), buscan debilitar (alejan de la Eucaristía, de la Palabra, de la comunidad). En otras palabras, "cinco daños causan en el alma; la enflaquecen y la oscurecen" (San Juan de la Cruz).

En los comienzos de la vida en el Espíritu, los engaños provienen sobre todo del predominio de la parte sensible. Se corre el riesgo de desanimarse en la desolación, o de quedarse simplemente en el entusiasmo superficial.

Los peligros propios de aquellos que avanzan en el camino espiritual son:

a) En primer lugar, LA SOBERBIA, que puede engendrarse por la experiencia adquirida, la posesión de dones y carismas del Espíritu Santo, o la confianza merecida. Como aconseja San Pablo: "El que crea estar de pie, cuídese de no caer!". (1 Cor 10.12). Ver Ez 28,1-10 y 1 Pe 5, 5-6. "Les advertimos que ni duden que el diablo, adversario de toda virtud, lleno de envidia pondrá en juego todos los recursos de su malicia para tener a la piedad lazos sacados de la misma piedad, e intentar vencer por la gloria a los que no ha podido vencer por la pusilanimidad.

Pues el mal de la soberbia está próximo a las buenas obras y el orgullo acecha siempre a las virtudes". (San León Magno).

b) No es raro que el enemigo asedie con razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias, para quitar la paz. "Sean sobrios y vigilen. Nuestro adversario, el diablo, ronda como un león rugiente buscando a quién devorar" (1 Pe 5,8).

Frecuentemente pueden provenir de la vida comunitaria: dificultades de obediencia, envidias, escándalos, murmuraciones, amor propio, etc. Tenemos la autoridad de Jesucristo para ordenarle que se aleje de nosotros.

c) El "Jefe de este mundo" (Jn 12, 31) suele también engañar transfigurándose en ángel de luz (ver 2 Cor 11,14-15); es decir, induce a cosas buenas, distractivas o malas (regla 2.5), o al menos enflaqueciendo, inquietando o conturbando el ánimo. A Jesús le tentó usando la Palabra de Dios (ver Lc 4,1-13). Con este procedimiento es frecuente que produzca ilusiones en la voluntad (bajo apariencia de comodidad necesaria, de gusto, de honor), o en el entendimiento (llevando incluso a errores contra la fe, herejías, desobediencias).

Hay dos clases de tentaciones: las que directamente nos llevan al mal, y las que indirectamente (bajo apariencia de bien) nos llevan también al mal. "No se fíen de cualquier espíritu, sino examinen si los espíritus vienen de Dios ... En esto podrán conocer el Espíritu de Dios: todo espíritu que no confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios. Y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios, sino del Anticristo" (1 Jn 4,1-3).

Ver también las reglas: 1.1 2.4

Citas de la Escritura: G,n 28,15; Prov 1,33; Deut 8; Tob 12,13; Jdt 8,21-24; Is 41,10; 2 Cor 12,9; Flp 4,13; Stg 1,12-15; Heb 2,18 y 12,1-13; 2 Ped 2,9; Stg 4,7; 1 Ped 2,20.

V. CONCLUSION

"El alma que está unida a Dios, es temida por el demonio como el mismo Dios" (San Juan de la Cruz).

La oración es un modo de madurar la vida de fe y conocer a Dios, y de combatir las tentaciones con el poder del Espíritu, insistiendo en la penitencia; es también un ejercicio espiritual que vigoriza el alma en la alabanza a Dios y la habitúa a la lucha, a contemplar las cosas con los ojos de Dios, y a comprender cómo después de la desolación viene la calma. "El Dios de toda gracia, el que los ha llamado a su eterna gloria en Cristo, después de breves sufrimientos, los restablecer y afianzar, los robustecer y los consolidar. ¡A El la gloria y el poder eternamente!. (1 Pe 5,10-11).

"Resistan firmes en la fe" (1 Pe 5,9), es para nosotros una actitud fundamental. Sólo entonces, como casa edificada sobre la Roca, saldremos firmes de la prueba. La Palabra de Dios, como para Cristo en el desierto, ser el fundamento de nuestra victoria. Como dice San Juan: "Jóvenes, les escribo porque ustedes son fuertes, y la Palabra de Dios permanece en ustedes, y ustedes han vencido al maligno" (1 Jn 2,14), son los criterios de la fe de la Palabra de Dios viviendo en nosotros los que nos mantendrán firmes, por la fuerza y el poder del Espíritu Santo. Así sea.

APENDICE

REGLAS PARA DE ALGUNA MANERA SENTIR Y CONOCER LAS DIVERSAS MOCIONES QUE SE CAUSAN EN EL ALMA.

1.1. En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, el enemigo acostumbra comúnmente proponer placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, para conservarlos y aumentar sus vicios y pecados. En ellos el buen espíritu usa el modo contrario, punzándolos y remordiéndoles la conciencia a través de la razón.

1.2. En las personas que van purgando intensamente sus pecados y creciendo en el servicio de Dios, es al contrario que en la primera regla: es propio del mal espíritu morder, entristecer y poner impedimentos, inquietando con falsas razones para que no siga adelante. Es propio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando toda traba que progresa en el bien obrar.

1.3. Llamo consolación cuando en el alma se causa alguna moción interior que la inflama de amor a su Creador y Señor; ya no puede amar a ninguna cosa creada sino al Creador de todas ellas. También cuando derrama lágrimas de amor a su Señor, ya sea por el dolor de sus pecados, o de la Pasión de Cristo nuestro Señor, o de otras cosas directamente ordenadas a su servicio y alabanza. Finalmente, llamo consolación a todo aumento de fe, esperanza y caridad, y toda alegría interior que llama y atrae a las cosas celestiales y a la propia salud del alma, aquietándola y pacificándola en su Creador y Señor.

1.4. Llamo desolación a todo lo contrario de la consolación, así como oscuridad del alma, turbación, moción a cosas bajas o terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidelidad, sin esperanza, sin amor, hallándose el alma toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Creador y Señor. Porque así como la consolación es contraria a la desolación son contrarios a los que salen de la desolación.

1.5. En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, sino estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día anterior a la desolación, o en la consolación antecedente. Porque así como en la consolación nos guía y aconseja el buen espíritu, así en la desolación el malo, con cuyos consejos no podemos tomar camino acertado.

1.6. Dado que en la desolación no debemos cambiar los primeros propósitos, mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, insistiendo más en la oración, meditación, en discernir con cuidado y en extendernos convenientemente en hacer penitencia.

1.7. El que está en desolación considere cómo el Señor le ha dejado en prueba con sus potencias naturales para que resista a las diversas agitaciones y tentaciones del enemigo, con el auxilio divino que siempre le queda aunque claramente no lo sienta. Porque el Señor le ha abstraído su mucho hervor, crecido amor y gracia intensa, quedándole la gracia suficiente para la salud eterna.

1.8. El que está en desolación trabaje por crecer en paciencia, que es contraria a las vejaciones que le vienen, y piense que pronto será consolado, poniendo las diligencias contra la desolación como está dicho en la sexta regla.

1.9 Hay tres causas principales de desolación:

- a) Por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestro crecimiento espiritual, y así por nuestras faltas se aleja la consolación de nosotros.
- b) Para probarnos, para ver cuánto valemos y en cuánto nos extendemos en el servicio y la alabanza, sin tantas consolaciones y crecidas gracias.

- c) Para que internamente sintamos que no es de nosotros tener gran devoción, amor intenso, lágrimas ni alguna otra consolación, sino que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor, y para que no pongamos nido en ellos, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o vanagloria, atribuyéndonos tal consolación.

1.10. El que está en consolación piense cómo estar en la desolación que vendrá después, tomando nuevas fuerzas para entonces.

1.11. El que está en consolación procure humillarse y bajarse cuando pueda, pensando que, poca cosa es en tiempo de desolación, sin tal gracia o consolación. Por el contrario, el que está en desolación piense que puede mucho con la gracia, suficiente para resistir a todos sus enemigos, tomando fuerzas en su Señor.

1.12. El enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza y fuerte de grado. Así como es propio de la mujer perder ánimo y huir cuando el hombre le enfrenta, y por el contrario, si el varón comienza a huir, la ira, venganza y ferocidad de la mujer es muy crecida y desmedida; de la misma manera es propio del enemigo enflaquecer y perder ánimo, dando huida sus tentaciones, cuando la persona resiste y encara sus ataques. Si la persona comienza a tener temor y perder ánimo en sufrir las tentaciones, no hay bestia tan fiera sobre la tierra como el enemigo de la humana naturaleza que busque su dañina intención con tan crecida malicia.

1.13. Asimismo se hace como vano enamorado en querer ser secreto y no descubierto. Así como el hombre vano que desea a una hija o mujer casada quiere que sus palabras y persuasiones sean secretas, y le molesta mucho cuando la hija al padre o la mujer al marido descubren sus vanas palabras y depravada intención, porque deduce fácilmente que no podrá salirse con la suya; de igual manera, cuando el enemigo de la humana naturaleza trae sus astucias y sugerencias al alma justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto.

Si se descubren al buen confesor o a otra persona espiritual que conozca sus engaños y malicias mucho le pesa, porque sabe que no podrá lograr su malicia comenzada, al haber sido descubierto.

1.14. Asimismo se hace como un asaltante, para vencer y robar lo que desea. Así como un capitán, mirando las fuerzas o disposición de un castillo, le combate por la parte más débil, de la misma manera el enemigo de la humana naturaleza rondando examina todas nuestras virtudes teologales, cardinales y morales, y por donde nos hallamos débiles y necesitamos nos ataca y procura tomarnos.

2.1. Propio es de Dios y de sus ángeles en sus mociones dar verdadera alegría y gozo espiritual, quitando toda tristeza y turbación inducida por el enemigo; del cual es propio luchar contra esa alegría y consolación trayendo razones aparentes, sutilezas y asiduas falacias.

2.2. Sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación al alma sin causa precedente; porque es propio del Creador entrar, salir y hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de su divina Majestad. Digo sin causa, o sea sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algo, por lo cual venga la consolación mediante la acción del entendimiento y la voluntad.

2.3. Con causa puede consolar al alma tanto el buen espíritu como el malo, para fines opuestos: el bueno, para provecho del alma, para que crezca y suba de bien en mejor; y el malo para lo contrario, y conducirla a su maligna intención.

2.4. Propio es del mal espíritu disfrazarse de ángel de luz (cf. 2 Cor 11,14), entrar con el alma devota y salir con la suya, o sea, traer pensamientos buenos y santos conforme a tal alma justa y después, poco a poco, procura traerla a sus engaños.

2.5. Se debe cuidar mucho el curso de los pensamientos; y si el principio, medio y fin es todo bueno e inclinado a todo bien, señal es del buen espíritu. Pero si el curso de los pensamientos acaba en alguna cosa mala o distractiva o menos buena que la que el alma antes tenía propuesta hacer, o la enflaquece o inquieta o conturba, quitándole su paz, tranquilidad y quietud, es clara señal de que procede del mal espíritu.

2.6. Cuando el enemigo de la humana naturaleza haya sido sentido, y conocido el mal fin a que induce, aprovecha a la persona que fue tentada revisar luego el curso de los buenos pensamientos que le trajo, y su principio, y cómo poco a poco procuró hacerla descender de la suavidad y gozo espiritual en que estaba, hasta traerla a su intención depravada; para que con esa experiencia conocida y aclarada se guarde en adelante de sus engaños.

2.7. En los que proceden de bien en mejor, el buen espíritu toca al alma dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con ruido e inquietud, como gota que cae sobre piedra. A los que proceden de mal en peor, sucede al contrario, por ser contraria la disposición del alma. Cuando es contraria entra con estrépito y sensiblemente, cuando es semejante entra en silencio como en su propia casa.

2.8. Cuando la consolación es sin causa, dado que en ella no hay engaño por ser sólo de Dios, como está dicho, la persona espiritual consolada debe mirar y discernir con mucha vigilancia y cuidado, distinguiendo el tiempo propio de la actual consolación, del tiempo siguiente en que el alma queda caliente y favorecida con los restos de la consolación previa; porque muchas veces en este segundo momento, por la propia naturaleza, o por el buen espíritu o el malo, se forman diversos propósitos y pareceres que no son dados inmediatamente por Dios nuestro Señor, y por tanto deben ser muy bien examinados antes de darles entero crédito o ponerlos por obra.

(Adaptadas del texto original de los "Exorcismos Espirituales" de San Ignacio de Loyola, números. 313 a 336. Cada regla tiene un número que indica la semana y la regla; por ejemplo "1.4" significa "1ra. semana de Ejercicios, 4ta. regla", etc.).

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- Ejercicios Spirituales, n 313 a 336 (de San Ignacio de Loyola, ver APENDICE).
Ejercicios Espirituales, comentario pastoral, (González, s.j. e Iparraguirse, s.j., BAC n° 245).
Discernimiento comunitario, (Pikaza, o. de m. y Gonzalez, s.j., I.T.V.R.).
Las tres edades de la vida interior, 3ra parte, cap.23 (Garrigou-Lagrange, O.P.).
El discernimiento pastoral, (Mons. Elías Yanes Alvarez, Ed. Marova).
Documentos del Vaticano II, (BAC Minor).
La oración carismática, y Carismas, ciencias y espíritus, (ambos de Aldunate, s.j., Ed. Paulinas, Chile).
Dichos de luz y amor, (San Juan de la Cruz).
Introducción a la vida devota, cap. IV n° (San Francisco de Sales).
Homilía de Cuaresma I, n° 3-4 (San León Magno).
Guía para retiros, pags. 50-52 (Mercier, P.S.S., Esp. y Vida n°2, Ed. Paulinas).
Carismas y oración, cap. 10 (Mons. Uribe Jaramillo, Esp. y Vida n 10, Ed. Paulinas).
Un nuevo Pentecostés?, cap. VI (Card. Leo J. Suenens).
Libro de la Vida, caps. 25 y 30 (Sta. Teresa de Avila).
Orientaciones teológicas y pastorales de la renovación carismática católica, cap. IV parte E (Card. Suenens y equipo de teólogos).